

REYES CALDERÓN

LA PUERTA DEL CIELO



Reyes Calderón



La puerta del cielo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Reyes Calderón, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2015
Depósito legal: B. 1.131-2015
ISBN: 978-84-08-13720-7
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.
Impresión: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

No sé mucho acerca de la psicología femenina: muy a mi pesar, sigo soltero. Pero no hace falta ser un experto para interpretar ciertas cosas. Cuando una mujer de bandera, a la que no conoces ni de pasada, irrumpe en tu lugar de trabajo y te mira como si fueras Leonardo DiCaprio, debes de pensar que viene a graduarse la vista. Y si, a renglón seguido, con voz encantadora y sonrisa melosa, reclama que le dediques unos minutos, debes de concluir que te ha confundido con otro.

Me costó unos segundos enhebrar las palabras, pero finalmente, bajo la inquisitiva mirada de mi jefa eventual, y colorado como una botella de ketchup, logré dejarle claro que yo no era su hombre. Y sin más palabrería continué con lo que estaba haciendo.

—No, caballero, la valeriana no necesita receta. Pero no debe usted abusar...

La chica no cejó.

—Pero eres Gerardo Vilela, ¿verdad?

No creo que haya cientos de Gerardos Vilela en el país, pero resultaba evidente que no me buscaba a mí. En la tarjeta que acababa de depositar sobre el mostrador se leía el nombre de una productora de cine. Yo no soy tanto un actor cuanto un tipo normal, del montón, alguien de quien se esperan hechos lineales y previsibles.

—Gerardo Vilela, para servirte, pero no el que buscas. No tengo relación alguna con el mundo del cine. Como ves, soy el mancebo de esta farmacia.

—Mancebo sustituto —aclaró mi jefa, que nada más sentir el silbo de una voz femenina desconocida emergió de la trastienda—. Gerardo está cubriendo una baja por enfermedad. En realidad, es profesor.

—Un modesto profesor de instituto. Ni siquiera imparto Matemáticas o Química. Lo mío es la Lengua, la Literatura y, de refilón, el Inglés...

—¡Literatura! Exactamente lo que nos figurábamos —exclamó la chica con el entusiasmo de quien acaba de hacer una escoba con el siete de velos y gana la partida.

No podía ser. Aquello parecía un juego de despropósitos, una confusión elevada al cuadrado. Pero como la chica no se arrugaba y los clientes empezaban a cotillear, le dije a mi jefa que me tomaba los quince minutos del café. La chica, treintañera, no era lo que se dice una belleza, pero tenía un cuerpo que quitaba el hipo, de modo que la seguí a corta distancia disfrutando de la vista y preguntándome divertido cómo acabaría aquel tonto enredo. Pese a la altura de sus tacones, caminaba bastante deprisa. En un determinado momento, se giró para comprobar si le seguía los pasos. El instante me permitió captar que, bajo la máscara de serena profesionalidad, se escondía un punto de excitación.

Excitación, ¿por qué? Empecé a considerar que podría no ser una confusión y que en aquel atraco había gato encerrado. La distancia entre la farmacia donde trabajo por las mañanas y la cafetería que yo mismo sugerí era más bien corta, de modo que dispuse de poco tiempo; el suficiente para devanarme los sesos y llegar a la conclusión de que aquello tenía que ver con el ático que ocupo de modo, digamos, irregular. No había otra. Cómo habían podido enterarse, esa era la cuestión. Resultaba bastante improbable, prácticamente imposible, que hubieran tenido acceso a una información tan bien custodiada. Yo no había abierto la boca y mis vecinas, cotorras por lo general, para el asunto en cuestión, son como tumbas.

Me dije que, quizás lo más prudente, dadas las circunstancias, sería confesar; una declaración simple y escueta sería sufi-

ciente. Pero, cuando llegamos a la cafetería y me arrinconó, me había sobrepuesto a la tentación y tomado la firme resolución de negarlo todo. No iba a airear aquel asunto bajo ninguna circunstancia. Si querían echarme del ático, que vinieran con una orden judicial. Erguí la espalda y, con gesto de víctima propiciatoria, me preparé para lo peor.

Lucía la chica un vestido negro, más bien escueto, del que emergían unas pantorrillas tan flacas que parecían cristalizadas por algún procedimiento químico. Estiró la tela en un movimiento que resultó marcadamente femenino y la hizo parecer débil. Eso me puso aún más nervioso: las mosquitas muertas son las peores. Tragué saliva y me dispuse a escucharla. Sin ningún tipo de preámbulo, me explicó la razón de su visita.

—Gerardo, perdona que me haya presentado de esta manera. Debiera haberte llamado antes, pero es que estamos alucinados. Mucho. ¡Es genial!

Suspiró como si acabara de terminar un larguísimo y complicado trabajo, y me miró fijamente. Quizás esperaba que yo dijera algo, pero me abstuve. No tenía sentido malgastar saliva: cuando una mujer tiene algo entre ceja y ceja, te lo suelta quieras o no. Además, no pensaba decir ni pío. Como supuse, al segundo escuché su mensaje, nítido como sus ojos azules:

—De acuerdo, allá voy... Lo hemos leído, ¡y nos encanta! Es más, ¡nos fascina!

—Lo habéis leído —repetí, sin comprender. Yo no les había enviado nada.

—En efecto, y te puedo asegurar que *La puerta del cielo* ha encandilado a toda la compañía, desde el director hasta el último de los ayudantes. Y por supuesto a mí, que me encargo de la comunicación. *Everybody* va a alucinar con tu obra, no me cabe duda. Quedan algunas cuestiones relativas a la financiación del proyecto, pero se solucionarán, por eso no debes preocuparte. Queremos que vengas a la oficina. Vamos a proponerte un contrato estupendo. Vete pensando en dejar esa farmacia. ¡Te espera algo grande!

Se expresó como quien describe el desbordamiento de un río o un choque múltiple en la autopista, y luego, cansada, se dejó caer en el respaldo del sofá de polipiel con modos de los sesenta en el que nos habíamos sentado. Su vestido, iluminado por el resplandor de la lámpara cercana, dejaba ver mucho más de lo prudente, pero yo ni la miraba ni la escuchaba. Sopesaba sus primeras palabras e intentaba aceptarlas. Era cierto que había una puerta del cielo. Estaba en mi mesilla, a buen recaudo, y sólo yo sabía de su existencia.

—¡Pero eso es imposible! —exclamé.

Se le dibujó una sonrisa maliciosa, y agregó:

—¡Todo es posible, querido! Aunque, metidos en harina, debo confesar que te había imaginado de otra manera... ¡Tu guion transmite tanta fuerza! Jamás te hubiera vestido con esos pantalones y esa pajarita, pero...

—Mi guion...

—Tu guion. ¿Qué ocurre?, no se lo habrás ofrecido a otra compañía, ¿verdad? Si es por dinero...

—¿A otra compañía? ¡No, claro que no! Es que yo no he escrito ningún...

—¡Ah, qué alivio! Si no te llevo a casa, mi jefe me mata. Es un buen jefe, sabes, pero tiene malas pulgas. Por cierto, Gerardo, ahora que te tengo sólo para mí, no puedo resistirme. Dime, ¿por qué lo llamaste *La puerta del cielo* y no *La ventana del infierno*, pongamos por caso? No es que me disguste el nombre, me encanta, pero, al fin y al cabo, el diablo es un personaje central en la novela, y las leyendas aseguran que nunca atravesó las puertas del paraíso. ¡Ah, qué nervios! Esto va a ser un exitazo. Dime, ese exorcista del que hablas, ¿tenía credenciales, estaba autorizado por la Iglesia?...

Yo escuchaba atentamente a la chica mientras hablaba y no salía de mi asombro. Cada una de sus palabras me taladraba la mente. La mujer, que finalmente dijo llamarse Cristina, no quería echarme del piso. Conocía mi historia, o lo que es peor, conocía la existencia de la puerta del cielo, y pretendía airearla nada menos que en la gran pantalla. Pero yo no estaba dispuesto a dejarme vencer tan fácilmente. Tengo mis recursos.

Miré de frente a Cristina y confesé que no les había enviado ningún guion y que no sabía de qué me hablaba. Lo primero era cierto; lo segundo, un atentado gordísimo contra el octavo mandamiento. Sabía, sé, mucho de la puerta del cielo. Pero estas últimas palabras se helaron en mis labios mientras un enjambre de luciérnagas empezaba a llenarme la cabeza.

—Cristina, te agradezco mucho tus palabras. Nunca he recibido tantos piropos juntos, y sin embargo mantengo lo que te dije en la farmacia. Me ha encantado conocerte, pero te has equivocado de persona. Yo no he escrito ningún guion. No sé de qué me hablas. Me confundes con otro Gerardo Vilela.

Arrugó el ceño. Me recordó al gesto del niño que, al abrir hambriente el frigorífico, se encuentra el bote de Nocilla vacío.

—Pero todos los datos coinciden. Me dijeron que podía encontrarte en esa farmacia, te llamas igual que el autor. Vale, es cierto que lo del pantalón de mezclilla y la pajarita de topes no me lo esperaba, pero la gente del cine suele ser algo excéntrica.

—No es excentricidad, Cristina. Parecen y son ropas de maestro anticuado. Me lo ha dicho ya más gente, pero, ¿sabes qué?, a mí me gustan. Soy un viejo prematuro. Eso, en el mejor de los casos... Convéncete: un tipo como yo sería incapaz de escribir ni el título de un guion.

Pronuncié estas últimas frases con ese toniquete, entre gris y apenado, que tengo tan estudiado. Y pasé a la acción. Mentí.

Verán. Hasta ese momento había disimulado. Ya saben: unos leves pliegues en la inmaculada exactitud, una salida por la tangente forzado por las circunstancias. A partir de entonces, interpreté mi mejor mentira, la que mantengo en sazón, bien nutrida, macerada a fuego lento, con alevosía y nocturnidad, desde hace años.

En fin, a ver si logro encontrar una forma de explicar esto...

Creo que lo mejor será no andarme por las ramas. Lo que quiero decir es, más o menos, que, en el interior de mi ya maltrecho pantalón de mezclilla marrón, no anida un pringao. Vamos, que no soy tonto. Mejor dicho: no soy ni más tonto ni más

paleta que la mayoría. Aunque lo parezca... ¡He ahí mi estrategia: llevo años interpretando el papel!

En las pequeñas comunidades, tienes dos formas principales de encarrilar el destino: ponerte al mundo por montera o pasar completamente desapercibido. Dadas mis circunstancias, opté por esto último. Y decidí que el papel de tímido pueblerino, una pizca reprimido y algo corto de sesera, me convenía muchísimo. El de bobo es, habitualmente, caballo ganador, aunque lo de tragarse el orgullo cueste.

Yo adquirí el hábito de niño casi a la fuerza.

Nací en Pedrafita do Cebreiro, un pueblecillo de las altas montañas de Lugo, en el comienzo del llamado Camino Francés. Recomiendo visitarlo: es un lugar pintoresco, con aire puro y buena comida, a poco más de mil metros sobre el nivel del mar, del que los extranjeros salen empachados de autenticidad. Es, fundamentalmente, una colección de casas de piedra y pizarra surgida alrededor de un santuario ancestral, Santa María la Real, donde se conserva un cáliz antiguo, emparentado, según decían, con el Santo Grial. A los turistas les encanta y a los lugareños les encanta que les encante.

Ahora, lo del Camino está más de moda y lo visita bastante gente. Por aquellos tiempos, en el pueblo vivían unos trescientos vecinos. Mi madre regentaba un modesto albergue para peregrinos. Entonces, llegaban los que llegaban y como llegaban: casi siempre, con una mano delante y otra detrás. De no ser por los ingresos irregulares de mi tía Ermita, las hubiéramos pasado putas.

Pero mi madre insistía con mucho empeño, más o menos el mismo que ponía en convencerme de que mi padre, fallecido haciendo las Américas en pro de la familia, y de quien no se guardaba ni una mísera fotografía, me quería una barbaridad. Yo la escuchaba con atención, a pesar de que —llevando su apellido de soltera, Vilela— parecía mucho más verosímil la versión con la que los compañeros de clase me apedreaban en el patio: que el peregrino italiano de buen porte y mejor labia que se pasó una semana en el pueblo, y a quien todos recordaban por

su mentón partido, pagó a mi madre en especie la noche antes de desaparecer.

Es una grotesca palabra la de «bastardo». Ella jamás la pronunció. En vez de eso, me vendió una imagen tan falsa como el mármol de las columnas de la casa parroquial. Pero era mi madre y, en sus ojos esquivos, leí su ruego. Y procedí en consecuencia. Esa fue mi primera representación.

Con el tiempo, nos mudamos a Ribadeo. Pero como las noticias vuelan, el apellido y el apodo vinieron conmigo al nuevo colegio, y yo pude profundizar en mi formación. Finalmente, emigramos a Lugo capital. Allí tuve muchas más ocasiones de practicar, tantas que, como digo, me he convertido en un tonto profesional, un mediocre con perfume a granel. Ante Cristina, dudé durante un brevísimo instante, pero enseguida actué como el consagrado actor que soy.

Un tipo como yo...

Es curioso, después de todo lo ocurrido, ya no me siento «un tipo como yo». Ese espécimen ha muerto y lo he enterrado. Conservo el trasnochado pantalón, que sigue gustándome más que ningún otro. Mantengo la misma secuencia genética con la que me polinizó aquel santo que murió haciendo las Américas. Guardo mi colección de virtudes y defectos, y mi libreto de tonto. Pero ya no soy el mismo. Me he transformado en otra persona.

«¿Qué ha cambiado?», me digo, a veces, en un esfuerzo de introspección.

Estoy convencido de que, en realidad, se trataba de una simple cuestión de perspectiva: un sutil pero trascendental cambio de enfoque, en el que Madrid tiene mucho que ver. En esta inmensa urbe, donde habita gente tan distinta y tan idéntica, tan anónima, he aprendido que siempre es posible volver a empezar. Aquí, tu listado de hándicaps, por largo que sea, carece completamente de interés. Aquí, cada uno a su modo, es un bastardo y no me hace falta fingir.

Aunque no es tan fácil como lo pinto... A mí, todavía en ocasiones, me invade la niebla de Ribadeo, y la nieve de O Cebreiro; la sonrisa de mi madre y la presencia de mi tía Ermita...

Sobre todo, ella.

Tía Ermita, hermana de mi madre, era meiga de profesión. Con ella no se atrevían en el colegio, que el mal de ojo puede arruinarte la existencia, pero —si pedradas me llevé unas cuantas— las fiestas de los vecinos o los puestos de monaguillo me los perdí todos. Ahora —veinte años y quinientos once kilómetros de por medio—, estas historias me hacen sonreír. Me suscita una enorme ternura recordar los esfuerzos que aquellas dos adorables mujeres hicieron para lograr lo imposible: preservarme de las habladurías. Y, por qué no confesarlo, también me causa cierta malsana delectación pensar en todos aquellos cafres que permanecen en Ribadeo o en Pedrafita, engendrando bastardos, aunque ahora no se llamen así.

Pero si algo debí aprender de ellas, y no lo he hecho hasta llegar al ático, es que el valor no estriba tanto en carecer de miedo cuanto en combatirlo. Personalmente, hasta trasladarme a la capital, no había tenido grandes sobresaltos, amén de las lógicas amarguras de la vida. Pero había sido incapaz de vencer la resistencia de la rutina. No viajé por no comprar el billete, y no lo compré porque moverme se me antojaba demasiado arriesgado. Y, a base de acidia, de patético conformismo, de niebla, acabé por mimetizarme con la mesa camilla. Simplemente, dejé que las cosas ocurrieran y me lamí las heridas cuando no lo hicieron. La actitud de mi madre no ayudó mucho, la verdad. Estaba tan orgullosa de que su hijo hubiera llegado a profesor que no entendió que a mí me pareciera poco. «Un salto de gigante, eso es lo que has dado. El primer licenciado de la familia», me decía. «Un fracaso monumental», sostenía mi versión, con la que, no obstante, me conformé pronto, como con mi soltería, y mi barrio y mi nada...

Pero esa beca lo cambió todo. No me he vuelto más valiente. Sólo puedo decir, basándome en el título de aquella magnífica película protagonizada por James Dean, que me he vuelto *Cobarde con causa*. Una causa mucho más que justificada.

Aquí, en el ático, he mamado el miedo de verdad, el que provoca cagalera instantánea, angustia y dolor en el pecho. No

hablo en broma cuando digo que he conocido al diablo y a sus secuaces. Con mis propios ojos, he visto levantarse el sofá un palmo del suelo y permanecer levitando hasta lanzarse, de pronto, contra nosotros. Mis oídos han escuchado tan de cerca los aullidos de los endemoniados que puedo certificar que es un sonido que no se parece a ningún otro. Como testigo puedo dar fe de que hay culebras que salen de la boca del estómago y que una cara humana es capaz de alargarse hasta parecer de animal... Esas y otras muchas cosas me convencieron de que la única manera de ser un cobarde profesional era tomar cartas en el asunto. Y eso fue lo que hice. Naturalmente, no estaba solo...; pero de eso hablaré más tarde.

No sé por qué aquel día me fijé en esa convocatoria inaccesible que estaba colgada en el tablón de anuncios del instituto de Lugo ni por qué decidí rellenar aquellos papeles tan pesados. Pero, para mi sorpresa y la de todos, me concedieron la beca para ampliar estudios en la capital y me vi obligado a adquirir una maleta grande y ropa interior decente. Ese fue el primer paso hacia mi nueva vida, comprar la maleta. Luego, Madrid me conquistó. Y este ático... El ático me estaba esperando. Bastardo, mediocre, profesor de provincias... Eso no pareció importar a los hados, que buscaban un cronista.

Lo que quiero decir es que, de haber algún fallo en esta historia, que sucediera en Madrid me parece un desliz mucho más grave que haber escogido a un lucense. Estas historias suelen asomar en lugares ancestrales o en ciudades costeras cuyos puertos y rarezas atraen a almas de indeseables que buscan anonimato e impunidad. Pero aquella calle aseada del Madrid más calmo nada tenía que ver con Barcelona ni con Bilbao y mucho menos con lugares más sugerentes para un diablo como la cuna de las brujas. Por no haber, en la corta vía con nombre de médico ilustre, no había ni emigrantes, y la zona se antojaba monocrorde, franquista y, sobre todo, añeja. Porque casas y vecinos compartían edad. De hecho, cuando atravesaba la calle del Doctor Fermín Vivancos (ahora, mi calle) por la mañana temprano, y veía los portales abiertos de par en par para que el aire

joven se cara el pavimento recién fregado, pude fijarme en que la mayoría había logrado incorporar una rampa o un complicado trasto mecánico que permitía sortear a las sillas de ruedas los dos o tres peldaños que, quién sabe por qué, los arquitectos de los años treinta y cuarenta colocaban en todas las entradas.

Pero me estoy yendo por las ramas...

Estaba terminando una interpretación magistral de «Palurdo de provincias», acto 1.º, cuando Cristina frenó en seco mi lengua y fijó la mirada en mis manos. Instintivamente, traté de ocultarlas metiendo los dedos entre las piernas, pero ella se me adelantó. Me sujetó la derecha y exclamó con voz de triunfo:

—¡El anillo con inscripción latina! ¡Eres tú! Por un momento has estado a punto de engañarme, aunque no, sé mucho más de hombres de lo que te crees.

—¡Te juro por lo más sagrado que ese guion no es mío! —grité desesperado.

Ella negó moviendo reiteradamente la cabeza, y dijo:

—¡A mí no me la das, Gerardo Vilela! Lo has escrito y lo has hecho de cine...

En ese instante, mi corazón se despachó con una taquicardia tal que creí morir allí mismo. La frente se me perló y las piernas empezaron a castañear dentro de mi pantalón de mezclilla marrón. Luego, todo empezó a tiznarse.

—Gerardo, ¿te encuentras bien? Estás blanco como la cera. ¿Quieres un poquito de agua?

Asentí. No me salían las palabras. De haber podido, hubiera pedido un coñac doble. No llegué a beber nada. Lo siguiente que recuerdo es abrir los ojos y toparme con doña Encarna, mi vecina del cuarto, una dulce mujer que combina chándal y tacones, a la que Cristina había telefoneado.

—De modo que ha sido usted...

—Descanse, Gerardo. Nos ha dado un buen susto.

—Doña Encarna, las cosas están bien como están —dije.

Pero su ojo estrábico me susurró de refilón que no. Que he de decir la verdad y dejar que las cosas que tengan que pasar pasen. Ella sabe mucho de esto. Ella fue la primera que me ha-

bló de esa puerta. Ella sabe que, de no ser por el ático, de no ser por el curioso vecino y por la ristra de circunstancias, nunca la hubiera conocido y habría vuelto como un corderito a mi pequeño piso de Lugo, a seguir enseñando a algunas docenas de zopencos, a quienes lo único que los motiva es huir a la capital. Sí, porque nada ocurrió grandilocuente, como había sugerido Cristina. Todo fue mucho más mío, más... normal. Se debió a mi naciente úlcera de estómago, a la farmacéutica de la esquina, hoy mi jefa, y a doña Encarna.

—El anticipo le vendrá de perlas, Gerardo. La sustitución en la farmacia es sólo provisional. Y ya sabe cómo es el mundo del cine: tardan años en hacer películas. Si es que las hacen.

Como siempre, tenía razón. Hoy por hoy, los «problemillas técnicos» que mencionó Cristina siguen sin resolverse, pero el anticipo me permitió ganar tiempo para buscarme otra forma de vida en la capital.

Me he embalado, lo siento. Imagino que no me siguen. Para poder seguirme, debería hablarles de la historia del cielo o, más bien, de la puerta del cielo. Y para eso tengo que empezar por hablarles del ático... Sí, el ático es esencial.